

Amateurs

por Denise Despeyroux

Amateur: *(Del francés.) Literalmente “amador”. Por extensión “aficionado”, es decir, el que hace algo por amor.*

Personajes:

Hortensia, estudiante de arte dramático que va a psicoanalizarse

Alejandra, la psicoanalista

Hugo, el novio de Hortensia

Eduardo, el compañero sentimental de Alejandra

Susana, actriz que encarna el papel de Hortensia

Cristina, actriz que encarna el papel de Alejandra

Andrés, actor que encarna el papel de Hugo

Mario, actor que encarna el papel de Eduardo

La directora, autora y directora del espectáculo que se está ensayando

Prólogo

Música. Todos los actores y la directora montan el escenario para dar comienzo a la representación. Al acabar la directora se sentará en una de las sillas de la platea.

Alejandra y Hortensia. Consultorio de Alejandra. Es una habitación de su casa, hay dos sillas y un diván. Las dos mujeres están sentadas. Hortensia lleva un vestido azul. Alejandra revisa sus notas.

Hortensia: Me llamo Hortensia, pero puede llamarme Tesy, con y griega.

Alejandra: Muy bien, Tesy, si no le importa preferiría llamarla Hortensia. Mi decisión obedece a razones estrictamente profesionales, no crea que se trata de un capricho personal. Muy bien, Hortensia, ahora quisiera saber exactamente por qué ha venido a mi consulta.

Hortensia: Bueno, vi un anuncio en una pizzería...

Alejandra: No, disculpe, me refería al motivo por el que ha decidido acudir a una terapia psicoanalítica. De todas formas, me resulta curioso... ¿Ha dicho usted que vio un anuncio de mi consulta en una pizzería?

Hortensia: No, no fue así. En la pizzería vi un anuncio de clases de taichí, fui a las clases de taichí y allí vi el anuncio de una librería de autoayuda, fui a la librería de autoayuda y allí me apunté a un seminario...

Alejandra: Ah, viene usted de un seminario de psicoanálisis...

Hortensia: No, no, qué va. Era un seminario sobre fruta y autoestima. Pero allí conocí a un chico...

Alejandra: Ah, un chico que me conoce...

Hortensia: No, no, él a usted no la conoce, pero me dijo que una exnovia del novio de su hermana había estudiado con usted en la Universidad y que ella no había acabado la carrera pero usted sí y que probablemente podría ayudarme.

Alejandra: ¿Cómo se llamaba?

Hortensia: ¿Quién, la exnovia del novio de la hermana de mi amigo?

Alejandra: Sí...

Hortensia: Ah, ni idea.

Alejandra: Ya... ¿Y qué tiene que ver todo esto con la pizzería?

Hortensia: Bueno, si allí no hubiera visto el anuncio de las clases de taichí jamás hubiera conocido a Roberto.

Alejandra: ¿Y quién es Roberto?

Hortensia: El chico que me dijo que la exnovia del novio de...

Alejandra: Sí, sí, claro... Resulta verdaderamente muy curiosa su forma de entender la idea de causalidad. Algún día lo observaremos con más detalle. Ahora insisto en que me gustaría saber qué es lo que la ha traído aquí. ¿Por qué cree que necesita una terapia psicoanalítica?

Hortensia: Bueno, yo... nunca había hecho psicoanálisis y todos los que lo han hecho dicen que es la experiencia más apasionante de su vida, que es algo que no hay que perderse, igual que tener un hijo, una experiencia única que no hay que perderse, eso es.

Alejandra: Bien, me parece un buen motivo. Bueno, veamos, en el pequeño test que hemos hecho antes usted ha dicho que lo que más la preocupa en el mundo es su pareja. Hábleme de su pareja.

Hortensia: Él...

Alejandra: ¿Podría llamarlo por su nombre?

Hortensia: Claro.

Alejandra: Bien, explíqueme cómo es...

Hortensia: Yo soy actriz, él no entiende que los actores tenemos nuestra capacidad emotiva hiperdesarrollada. Él es poco sensible a mi hiperemotividad.

Alejandra: Bien, pero, ¿cómo es... él?

Hortensia: Es intransigente. Y egoísta, sólo se ve a sí mismo. No se da cuenta de cómo soy yo, es totalmente insensible a mis necesidades.

Alejandra: Bien, ha conseguido definirlo como intransigente...

Hortensia: Y egoísta.

Alejandra: Bien, intransigente y egoísta. Ahora por favor conteste estrictamente la pregunta que voy a hacerle: ¿Cómo se llama?

Hortensia: Tesy...bueno Hortensia

Alejandra: No, me refiero a él.

Hortensia: Ah, a él...

Alejandra: Sí, a él.

Hortensia: Hugo.

Alejandra: Bien. Si le parece, puede usted echarse en el diván.

Hortensia: No gracias, estoy bien.

Alejandra: Por favor, échese en el diván.

Hortensia: No, de verdad.

Alejandra: Échese.

Hortensia se echa, aunque nada convencida.

Alejandra: Bien, hábleme de su trabajo como camarera. Supongo que debe resultarle un poco duro.

Hortensia: Bueno sí, pero es lo normal. Supongo que más o menos el 95% de las actrices trabajamos de camareras. Siempre trabajas de camarera antes de ganarte la vida como actriz.

Alejandra: ¿Es decir que usted cree que trabajar como camarera la va ayudar a trabajar en un futuro como actriz?

Hortensia: Bueno, es una etapa, es una etapa que hay que pasar.

Alejandra: ¿Cree que hay una etapa en que es necesario aprender y practicar el oficio de la hostelería antes de conseguir realizarse como actriz?

Hortensia: ¿Cómo?

Alejandra: ¿Según usted, todos los actores pasan primero por ser camareros?

Hortensia: No, todos no, digamos que un 95%.

Alejandra: ¿Entonces podemos decir que a usted no le crea ningún tipo de conflicto el hecho de tener que trabajar de camarera, aunque su gran aspiración profesional, según me ha dicho en el test y por teléfono, sea realizarse como actriz?

Hortensia: Bueno, yo lo que intento es tener siempre muy claro que mi trabajo de camarera es provisional.

Alejandra: ¿Cuánto tiempo lleva de camarera?

Hortensia: Siete años.

Alejandra: Siete años...

Hortensia: Lo importante es mirarse al espejo cada mañana y decirse “Yo soy actriz”, trabaje en lo que trabaje. Hay que empezar por ahí, por creérselo una misma.

Alejandra: Bien, Hortensia. Pero ahora me gustaría saber qué es lo que hace, aparte de trabajar como camarera y de mirarse al espejo cada mañana, para ser realmente actriz.

(Hortensia se incorpora sobresaltada intentando agarrar algo con la mano.)

Alejandra: ¿Se le ha caído una lentilla?

Hortensia: No, una lágrima. Ya la tengo.

Alejandra: ¿Cómo dice?

Hortensia: He visitado un lacrimólogo y me ha dicho que tengo que juntar todas las lágrimas que derrame durante la semana. *(Saca una botella bastante llena.)*

Alejandra: ¿Ha llorado todo eso?

Hortensia: En casa guardo ya varias garrafas de cinco litros. Espero que el lacrimólogo no pretenda que se las lleve todas de golpe, si no tendré que alquilar un vehículo.

Alejandra: ¿Por qué llora tanto?

Hortensia: La mayoría de veces ni lo sé. Ya le he dicho que los actores somos muy sensibles.

Alejandra: Muy bien, Hortensia, no se preocupe. Llorar sirve para desahogarse. La próxima vez que llore intente descubrir por qué lo hace. Por hoy hemos terminado.

Hortensia: ¿Ya?

Alejandra: Hortensia, el tiempo no es algo que un psicólogo pueda tomar a la ligera. Y un paciente tampoco debería hacerlo. Lacan hacía sesiones de tres minutos. Usted aún no se ha dado cuenta, pero hoy hemos descubierto tres cosas importantísimas.

Hortensia: *(Ilusionada.)* ¿Tres? Dígamelas.

Alejandra: He dicho “aún” no se ha dado cuenta. Si continúa con la terapia algún día las descubrirá. Bueno, seguiremos el próximo jueves. *(Se levanta.)*

Hortensia: Pues sí, bueno... *(Coge el bolso y se levanta para irse, pero Alejandra no deja de impedirle el paso.)* Es... por ahí, ¿no?

Alejandra: Sí, sí, es por ahí, pero... Hortensia, ¿no le falta algo por hacer?

(Hortensia, desconcertada, se gira hacia el diván, pero no comprende.)

Hortensia: Ay, no sé...

Alejandra: En fin... Mis... honorarios.

Hortensia: Perdón, es que yo pensaba que la primera entrevista era gratuita.

Alejandra: Efectivamente, lo ha sido. La primera entrevista, la telefónica.

Hortensia: Ah, claro. *(Saca el monedero muy decidida.)* Bueno, ¿Cuánto es?

Alejandra: Son 100 euros.

Hortensia: ¿Le puedo pagar con visa?

La calle. Hortensia habla por el móvil.

Pues claro que me ha servido, ¿por qué no me iba a servir? La psicología sirve, por eso existen psicólogos, y por eso cobran la pasta que cobran, qué te crees, que la gente es imbécil, que la gente iba a pagarles si no sirvieran para nada... (...) Vale, ahora métete con mis clases... siempre tiene que acabar saliendo lo del huevo frito. (...) Perdona, pero no es tan estúpido. ¿Acaso eres capaz de imaginarte por un segundo como puede llegar a sentirse un huevo a punto de ser freído? ¿O a punto de ser saboreado? (...) Ah, pues por eso mismo... como los huevos no sienten los actores tenemos que tener imaginación. Tenemos que entrenar la imaginación, ¿entiendes? Si no se atrofia. Tenemos que estar preparados para afrontar cualquier reto que puedan lanzarnos en un casting. (...) ¿Ah no? Pues para tu información, a una chica que antes iba a mi clase le pidieron que hiciera de avestruz en estado de shock. Ella sabía que los avestruces, cuando están muy asustados, entierran la cabeza bajo la arena y como entonces no ven nada se creen que ellos tampoco son vistos. Así que gracias a que tenía la imaginación entrenada descolgó un mapamundi que había colgado en la pared, y con las piernas completamente estiradas como los avestruces (también tenía flexibilidad) consiguió pasarse más de quince minutos con la cabeza bajo el mapamundi. (...) No, no la cogieron pero cada vez que vuelve a esa productora a hacer un casting se acuerdan de ella. (...) Mira, no pienso seguir discutiendo, vale, al fin y al cabo es mi tiempo y es mi dinero. (...) ¿Explotada? Bueno, sí, claro, tú también estás explotado, ¿quién no lo está? ¿Los psicólogos? Pues no sé, la verdad... No se me había ocurrido...

Alejandra y Eduardo ante la mesa del desayuno. Eduardo lee el periódico aparentemente muy concentrado. Alejandra permanece sumida en sus pensamientos.

Eduardo: Alejandra, ¿qué te pasa? Te veo un poco abstraída.

Alejandra: Estaba pensando en mi paciente, Hortensia. ¿La viste?

Eduardo: Sí, me crucé con ella cuando llegaba.

Alejandra: A primera vista parece una chica un poco simple, pero en el fondo hay algo en ella que me desconcierta.

Eduardo: ¿No has pensado que a lo mejor trata de llamar tu atención? He leído que la mayoría de pacientes lo hacen.

Alejandra: Sí, claro, es muy posible que intente llamar mi atención, despertar mi interés, parecer especial. Sin duda no deja de ser significativo que en su primera cita conmigo se haya vestido de rojo.

Eduardo: ¿De rojo? ¿Te refieres a ayer? ¿Ayer fue vuestra primera cita? Ayer no vestía de rojo.

Alejandra: Claro que sí, no me acuerdo qué llevaba exactamente, pero sé que iba de rojo, estoy segurísima. Hasta lo anoté en mi cuaderno, porque me pareció un dato importante.

Eduardo: Querida, ayer Hortensia llevaba un vestido verde.

Alejandra: Eduardo, sería muy grave que ni siquiera fuera capaz de distinguir el color de la ropa que llevan mis pacientes, ¿no te parece?

Eduardo: Pues sí, lo sería. Alejandra, no te ofendas si te digo que Hortensia es una mujer muy bella, a pesar de su aspecto no exento de patetismo y su aire deliberadamente dramático y desconcertado. Salta a la vista que tiene unas formas atractivas, y por eso cualquier hombre sensible a la belleza femenina se fijaría en su vestido.

Alejandra: Sí, es guapa, es guapa.

Eduardo: Eso es lo que hice yo ayer, me fijé en su vestido.

Alejandra: ¿Leche?

Eduardo: Sí, por favor. Me fijé muy bien en su vestido...

Alejandra: ¿Te caliento un poco la leche?

Eduardo: No, está bien. Y te puedo asegurar que era verde, con unas finas rayas horizontales de un tono levemente anaranjado. Me fijé además en que el verde hacía juego con sus ojos.

Alejandra: Eduardo, Hortensia tiene los ojos azules.

Eduardo: Alejandra, te aseguro que sus ojos son verdes. Lo sé porque al entrar se giró hacia mí clavando sus ojos en los míos con esa expresión de desconcierto que la caracteriza. Parecía estar a punto de pedirme algo... pero tú la hiciste entrar en tu consulta.

Alejandra: Eduardo... ¿de qué color vestía yo ayer?

Eduardo: Alejandra, no lo recuerdo, comprende que nos vemos casi a diario. Seguramente si yo te preguntara qué camisa llevaba ayer tampoco te acordarías.

Alejandra: Me acuerdo perfectamente: llevabas la camisa azul de cuadros que te regale por tu cumpleaños.

Eduardo: De ninguna manera. No recuerdo qué camisa llevaba, pero estoy seguro de que no era esa. Hace meses que no me la pongo, nunca me ha gustado.

Alejandra: ¿Nunca te gustó? ¿Pero por qué no me lo dijiste? Podíamos haberla cambiado.

Eduardo: Alejandra, es una cuestión de educación. Es de mala educación expresar tu desagrado ante un regalo, en especial cuando ves que la persona que te obsequia se muestra tan satisfecha con una elección que a ti te parece de auténtico mal gusto. Es difícil hallar las palabras adecuadas en ese tipo de situaciones.

Alejandra: Sí, es cierto.

Alejandra y Hortensia. Consultorio de Alejandra.

Alejandra: Quiero que hoy practiquemos la técnica de las asociaciones libres. Yo le iré diciendo palabras y usted tiene que responder con otra palabra rápidamente, diciendo lo primero que se le pase por la cabeza, sin pensar. Vamos a probar. ¿Está preparada?

Hortensia: Sí.

Alejandra: Amor.

Hortensia: Cafetera.

Alejandra: Sexo.

Hortensia: Radiador.

Alejandra: Beso

Hortensia: Tostadora.

Alejandra: Vamos a ver, no estoy segura de que lo haya entendido. ¿De verdad relaciona los besos con una tostadora y el sexo con un radiador? Quiero decir... ¿está pensando en lo que le estoy diciendo?

Hortensia: Usted me ha dicho que no tenía que pensar... y como me daba miedo que, al no pensar, no se me ocurriera nada que decir, pues pensé que podía utilizar los electrodomésticos que tengo en casa.

Alejandra: No, no, Hortensia. Se trata de que primero escuche y luego relacione lo que ha escuchado con algo que le venga a la cabeza, lo primero que le venga a la cabeza, no debe pensar mucho, pero tampoco anular su capacidad de relación. Asociar es relacionar una cosa con otra, ¿entiende?

Hortensia: Bueno, no sé, lo intentaré.

Alejandra: Eso es, volvamos a intentarlo. Amor.

Hortensia: Decepción.

Alejandra: Sexo.

Hortensia: Decepción.

Alejandra: Orgasmo.

Hortensia: Decepción.

Alejandra: No Hortensia, esto no está funcionando, pero no se preocupe, lo conseguiremos. Vamos a establecer una regla: no puede repetir dos veces, por lo menos

no dos veces seguidas, la misma palabra. ¿De acuerdo? Tiene que esforzarse un poco más, pero sin tensiones, quiero que se relaje.

Hortensia: Ay, no...

Alejandra: ¿Qué pasa?

Hortensia: Es que cada vez que me dicen que me relaje me pongo tensísima.

Alejandra: No pasa nada Hortensia, no tiene por qué relajarse. Usted descanse cómodamente en el diván e intente simplemente encontrar una palabra que le parezca adecuada para cada palabra que me oiga decir. Probemos: besos.

Hortensia: Conclusivos.

Alejandra: ¿Ha dicho conclusivos?

Hortensia: Sí.

Alejandra: ¿Qué quiere decir con besos conclusivos?

Hortensia: Sí, bueno, para mí, por desgracia, la mayoría de besos son conclusivos, como un punto y aparte, ya sabe, se acaban y ya está, se acabó. Pero a mí me gustaría que fueran suspensivos, que no tuvieran final, que prometieren algo más. Alguna vez me han dado besos suspensivos y es alucinante... Pero la mayoría de besos que me dan son conclusivos, por eso me decepcionan, iba a decir decepción, pero como ya lo había dicho antes...

Alejandra: Observe que ha dicho usted “la mayoría de besos que me dan”. ¿Es que usted no besa? ¿No podría usted dar besos suspensivos?

Hortensia: No, bueno, el problema es que en realidad los besos suspensivos se dan a la vez, no se acaba de saber quién besa a quién, el beso sucede solo, tiene como una especie de autonomía, está ahí, yendo de una boca a otra con una facilidad pasmosa, en realidad nadie se siente exactamente besado ni besando, más bien siente uno que está como en el medio de un beso.

Alejandra: ¿Y podría decirme desde cuando estableció estas dos categorías de besos?

Hortensia: Bueno, al principio todos los besos eran conclusivos, como ahora, que también lo son. Pero si pude descubrir que lo eran y pude diferenciarlos de los otros besos, los suspensivos, fue gracias a un amante... Todos los besos con él eran suspensivos, pero no quiero hablar de ello.

Alejandra: ¿Por qué no, cuál era el problema con él?

Hortensia: El problema era que de hecho, con él, todo era suspensivo. Todo era suspense y suspenso. Nunca sabía si vendría o si no lo volvería a ver más... Suspendía las citas, suspendía las llamadas, suspendía los besos suspensivos...

Alejandra: ¿Y no ha pensado que quizás por ese mismo motivo sus besos le resultaban tan excitantes?

Hortensia: No, no lo he pensado.

Alejandra: Piénselo.

Hortensia: ¿A usted le pasa?

Alejandra: ¿Perdone...? ¿Qué quiere decir?

Hortensia: Si le pasa eso a usted... si le resultan más excitantes los besos de alguien que no le da todo lo que necesita...

Alejandra: No, claro que no, a mí no me pasa.

Hortensia: ¿Entonces por qué me ha hecho esa pregunta?

Alejandra: Porque soy su psicoanalista Hortensia, simplemente por eso. ¿Qué es lo que le resulta tan extraño? En principio soy yo la que pregunta, ¿entiende? Por favor, sigamos con las asociaciones. Vida...

Hortensia: Desencanto.

Alejandra: Enamorarse...

Hortensia: Catástrofe.

Alejandra: Deseo...

Hortensia: Desesperanza.

Alejandra: Oportunidad...

Hortensia: Perdida.

Alejandra: Alegría...

Hortensia: Irrecuperable.

Alejandra: Tristeza...

Hortensia: Infinita.

Alejandra: Felicidad...

Hortensia: Imposible.

Alejandra: Bien, Hortensia. ¿Quiero saber si se da usted cuenta de que está siendo muy negativa?

Hortensia: Negativa, ¿yo? Eso no es verdad, yo he sido siempre muy positiva, siempre he pensado que no me ha pasado jamás nada que valga la pena en la vida y que todo lo bueno está por llegar...

Alejandra: Hortensia, quiero que reflexione un momento y que se dé cuenta de que esa actitud no es positiva. No le conviene, ha de aprender a valorar lo que tiene. Ahora quiero que se relaj... que se eche cómodamente en el diván y que me hable sobre lo que

tiene. Vamos a probar con el método de la asociación de ideas libres. Yo le propondré una imagen como punto de partida y quiero que usted me hable de lo que ve sin ningún tipo de preocupación ni censura. Debe hablar como si yo ni siquiera estuviera presente. No le importe si las cosas que ve o se le ocurren son absurdas, brutales, obscenas, no deforme lo que vea, no lo cambie, no lo juzgue, exprese todos los recuerdos o situaciones imaginadas que vengan a su mente tal como vienen, no provoque ni esconda nada, déjese llevar. ¿Lo ha entendido? Para que este método funcione debe tener confianza en mí. ¿Confía en mí?

Hortensia: Sí.

Alejandra: Bien. Cierre los ojos. Quiero que se imagine que está usted en medio de un paisaje; hay un camino y al fondo el mar. Quiero que me diga lo que ve, que me explique cómo es ese paisaje, ese camino, ese mar, cómo está usted vestida, qué hace, qué le pasa, vea, sólo vea y explique lo que ve...

Hortensia: El paisaje está lleno de árboles, árboles inmensos y altos que no dejan ver el cielo. Y yo estoy allí, en medio de ese bosque, siniestro y oscuro, y estoy perdida y no sé donde voy. Creo que quiero llegar a mi casa, sí, eso es, quiero llegar a mi casa, pero no puedo, y cada vez el bosque es más frondoso y me cuesta más avanzar. Llevo... sí... llevo un vestido rojo, largo, de fiesta, maravilloso, pero el vestido se llena de barro, y se engancha en las zarzas que hay en el camino, oh sí, el camino está lleno de zarzas, que me hieren las piernas, y los brazos (*llora y hace aspavientos; Alejandra la observa con creciente y contenida irritación*). Entonces veo el mar, sí, al fondo está el mar, entonces recobro la esperanza, quiero llegar al mar, quiero escapar del bosque. Y por fin llego; mi vestido está hecho jirones, y el barro y la sangre se mezclan con mis lágrimas pero por fin he llegado al mar. Y allí veo una barca, y en la barca un muchacho que agita su mano y me sonrío. Me... me dice algo, sí, puedo oírlo, “ven conmigo princesa”, sí, eso es lo que me dice. Y yo recojo lo que queda de mi vestido y me adentro en el mar, que es poco profundo, hasta llegar a él. Él alarga su mano y me ayuda a subir a la barca. Pero entonces, cuando aún sigo agarrada a su mano y contemplo aún su sonrisa, empiezo a notar un tacto viscoso, sí, un líquido viscoso en su mano y él saca un puñal de su bolsillo y me lo clava en el vientre mientras se ríe con unas carcajadas ominosas y yo... muero, no siento dolor, no siento nada, estoy de repente abandonada en medio de un desierto olvidado por el mundo y estoy llena de amapolas por dentro, estoy tan llena de amapolas que mi dolor se confunde con el campo.

(Hortensia retiene con las manos todas las lágrimas derramadas y con cuidado y rapidez se acerca hasta su bolso y las recoge en la botella.)

Alejandra: ¿Se encuentra bien?

Hortensia: Sí, muy bien. ¿Hacemos otra asociación de estas libres?

Alejandra: No, por hoy hemos terminado. Continuaremos el próximo día.

Hortensia: ¿Me preparo alguna cosa para el próximo día, algún monólogo, o practico las asociaciones libres estas?

Alejandra: No Hortensia, no prepare nada. Seguiremos practicando aquí. La veo el jueves que viene, ¿de acuerdo?

Hortensia: Sí, sí, gracias. Muchas gracias, por todo. *(Le paga, muy contenta.)* Me lo he pasado muy bien. Qué pena que no me haya visto mi profesor de teatro.

Alejandra: Adiós Hortensia.

(Hortensia se va. Alejandra coge una pequeña grabadora)

Alejandra: *(Grabando)* Debo admitir que la primera sesión con Hortensia basada en el método de asociación de ideas libres ha sido un completo fracaso. La paciente opone una fuerte resistencia, resistencia que intenta disimular y compensar con el uso abusivo de un amplio abanico de imágenes histérico-obsesivas que van desde los más burdos símbolos explícitamente sexuales hasta imágenes pseudopoéticas de lo más naifs. Acompaña la verbalización de dichas imágenes con todo tipo de gestos cursis y un tono pretendidamente dramático.

Hortensia y Hugo en su hogar, jugando al Conecta 4.

Hortensia: Venga, va, tira.

Hugo: Ya voy.

Hortensia: Vamos... es que se hace eterno, si te lo piensas tanto...

Hugo: Si es que no me dejas pensar.

Hortensia: ¡Venga, va, tira...!

Hugo: Ya tiro, ya tiro... *(Hugo mete una ficha.)*

Hortensia: Ahí, ¿estás seguro?

Hugo: Sí, estoy seguro.

Hortensia: *(Mete una ficha y gana.)* Ah, ja, ja. Te he vuelto a ganar.

Hugo: Es que me vuelves loco. No vale.

Hortensia: Va no te enfades, que me he comprado una cosita para estimularte.

Hugo: ¿Qué cosita?

Hortensia: Me la voy a poner. *(Sale. Canturrea. De pronto hay un silencio mortal entre bastidores.)* ¿Y mis pelotas? *(Se planta ante Hugo)* ¿Qué has hecho con mis pelotas?

Hugo: Pues... lo que te imaginas.

Hortensia: ¿Las has tirado? ¿Me has tirado las pelotas?

Hugo: Te avisé.

Hortensia: Dijiste hasta el sábado.

Hugo: Por eso, hoy es sábado.

Hortensia: Por eso, hoy es sábado. Son las diez y media del sábado. Hasta las doce es sábado.

Hugo: Tuviste toda la semana para llevártelas. Esta mañana aún estaban aquí. Te avisé.

Hortensia: Esta mañana era sábado. Dijiste hasta el sábado, todo el sábado queda incluido.

Hugo: Esta mañana te has ido al ensayo y no te las has llevado. Si no las llevo a tirar se quedan aquí otra semana, qué digo una semana, un mes...

Hortensia: *(Se sienta.)* No me lo puedo creer, es que no me lo puedo creer, Hugo. Esta mañana te has ido antes que yo y te has llevado mis pelotitas en una bolsa sin decirme

nada. Yo estaba aquí, te he visto salir con la bolsa. No podía imaginarme que dentro de esa bolsa iban pelotitas.

Hugo: Va, tira.

Hortensia: Necesito esas pelotas, Hugo.

Hugo: ¿Tiro yo?

Hortensia: No, tiro yo, que para eso he ganado. *(Mete una ficha, al borde del llanto.)*
¿No podías haberme avisado? ¿No me podías haber dicho que ibas a tirar las pelotas? Me las habría llevado al ensayo.

Hugo: No, porque hubiéramos discutido.

Hortensia: ¡Ah! ¿Y ahora que estamos haciendo? Estamos jugando una partida estupenda, ¿verdad? No me dices que vas a tirar las pelotas para no discutir esta mañana y así discutimos por la noche, muy lógico por tu parte.

Hugo: No te las habrías llevado porque llegabas tarde, y te olvidarías y se quedarían otra semana más aquí pululando. Venga va, tira.

Hortensia: Tira, tira... ¡Tira tú, ya que te gusta tanto tirar!

Hugo: ¿Quieres jugar o no?

Hortensia: *(Pone una ficha.)* ¡Necesito esas pelotas!

Hugo: Bueno, ya te compraré otras, no te preocupes.

Hortensia: ¿Y dónde las vas a comprar? ¿Te crees que es tan fácil encontrar pelotas pequeñas y blanditas?

Hugo: Ya te las encontraré.

Hortensia: ¿Y ahora yo cómo rompo el texto?

Hugo: ¿Pero qué dices de romper el texto?

Hortensia: Romper el texto, Hugo, romper el texto. Como no te interesas por mi vida no sabes ni lo que es romper el texto.

Hugo: A ver, ¿qué es romper el texto?

Hortensia: Me dan con las pelotitas mientras digo el texto y el texto se rompe. Si tengo que usar las pelotas de plástico del estudio para que me acribillen a pelotazos voy a acabar llena de morados. No sé para qué me gasto todo el sueldo de un fin de semana en comprarme una combinación. Es que parezco imbécil. Total, si a ti ni siquiera te importa que acabe llena de morados.

Hugo: No digas tonterías.

Hortensia: Vale, está bien. No digo más tonterías. Venga, tira ya. *(Hugo se ríe.)* ¿Qué?

Hugo: Nada, nada. *(Silencio.)* Te conseguiré otras pelotas.

Hortensia: ¡No me hables de las pelotas! No me hables de las pelotas, haz el favor.

Hugo: Lo siento... Tampoco eran tan blanditas.

Hortensia: Eran perfectas. Y no me hables más de las pelotas...

Hugo: Lo siento, de verdad. (*Aparta el juego a un lado.*) ¿Qué me ibas a enseñar?

Hortensia: Déjame.

Hugo: Lo siento... Va, enséñame tu cosita. (*Se incorpora y la besa.*)

Alejandra y Eduardo. Eduardo está “en sus cosas”. Aparece Alejandra, radiante, con un vestido nuevo, probablemente rojo. Está bellísima. Se exhibe sutilmente pero la sutilidad no le funciona.

Alejandra: Eduardo...

Eduardo: Dime, Alejandra.

Alejandra: ¿Te gusta mi vestido?

Eduardo: Sí, te sienta estupendamente. Sólo que... me pregunto si el color no resulta un poco extremado.

Alejandra: ¿Te parece muy extremado?

Eduardo: No, sólo me lo pregunto.

Alejandra: Tienes razón, quizás debería ponerme algo un poco más sobrio. Parece que intente llamar la atención, vestida así, ¿no crees?

Eduardo: Era justo eso lo que no me atrevía a decirte, para no herir tu susceptibilidad. Pero sí, creo que es mejor que te cambies; no hay nada peor que una mujer que intenta abiertamente desplazar la atención hacia sus atributos físicos, sobretodo si tiene alguna pretensión intelectual. No me parece adecuado que vayas vestida así a un acto en el cual lo que en todo caso debería destacar es tu inteligencia.

Alejandra: Sí, claro, que torpe soy. No sé cómo se me ocurrió comprarme este vestido.

Eduardo: Eso es exactamente lo que me pregunté cuando te vi aparecer por la puerta. No te preocupes, quizás puedas cambiarlo.

Alejandra: Sí, todavía tiene la etiqueta... Realmente no es mi estilo.

Eduardo: Bueno, Alejandra, disculpa, tengo que seguir trabajando. Espero que disfrutes mucho esta noche.

Alejandra: Pero... ¿no vas a venir a la presentación de mi libro?

Eduardo: Claro que no, hoy es jueves. Sabes que tengo que escribir.

Alejandra: Pero yo creía que ibas a venir, lo daba por supuesto.

Eduardo: Ese es el problema, Alejandra, demasiadas veces en las relaciones de pareja se dan las cosas por supuestas. Deberías leerte este libro (*le muestra un libro de Agustín García Calvo, por ejemplo*). Si nuestra relación se está haciendo cada vez más sólida es precisamente porque no permitimos que haya lugar para ese tipo de mal entendidos, lo sabes.

Alejandra: Sí, es cierto.

Eduardo: Nos veremos esta noche. Creo que voy a salir a dar un breve paseo, necesito despejarme un poco para seguir escribiendo.

Alejandra: A lo mejor te vendría bien venir a la presentación de mi libro, te despejaría, y luego podrías continuar escribiendo, ¿no?

Eduardo: Alejandra, ¿de verdad crees que estar en una pequeña librería llena de pseudointelectuales podría despejarme? No me lo estás diciendo en serio ¿verdad? Hablas como si no me conocieras.

Alejandra: No, ya sé que no... no quería decir eso, es sólo que... me hacía tanta ilusión que vinieras.

Eduardo: Alejandra, querida, últimamente vengo notando en ti una especie de... ¿cómo lo llamaría? Yo diría que es una especie de “Insatisfacción Difusa”. Por favor, corrígeme si me equivoco.

Alejandra: (*Fascinada*) No, es cierto. Tengo una especie de insatisfacción difusa, eso es exactamente... lo que me pasa.

Eduardo: A veces me sorprende hasta a mí lo bien que te conozco.

Alejandra: Sí, la verdad es que sí...

Eduardo: Vamos, arréglate, no vayas a llegar tarde. (*Se dan un beso conclusivo.*)

Alejandra: Sí, voy a cambiarme. Hasta luego Eduardo. Y, perdona...

Eduardo: No es nada. Hasta luego Alejandra.

Eduardo se va. Alejandra se pone un traje de chaqueta elegante pero corriente. Está guapa, pero ya no bellísima. Dobla cuidadosamente el vestido rojo y lo mete en una bolsa, se mira al espejo con cierta desazón, se enjuga una lágrima y quizás murmura: “insatisfacción difusa”.

Hortensia está sentada en el diván con una gabardina roja brillantísima y unas gafas de sol, repasando la prueba para un casting.

Hortensia: Sólo tiene que superar el límite de 500 acciones y automáticamente recibirá los cero euros de servicio sin comisión indefinidamente... Sólo tiene que superar...
(*Entra Alejandra. Hortensia le hace un gesto para que la deje acabar y acaba.*)

Alejandra: Buenas tardes Hortensia.

Hortensia: Hola.

Alejandra: Puede quitarse la gabardina, para estar más cómoda.

Hortensia: Bueno, es que voy vestida para un casting y no quería llamar la atención.

Alejandra: No se preocupe. Quítese las gafas también, por favor.

Hortensia: Sólo me las he puesto porque he llorado y no quería dar lástima.

Alejandra: No se preocupe, de verdad. Quíteselas, por favor. No quisiera de ningún modo presionarla, pero ahora que ya empiezo a notarla bastante más cómoda en las sesiones me gustaría que me hablara de aquel amante del que no quería hablarme.

Hortensia: Ah, sí, Federico.

Alejandra: ¿Así es como se llamaba... Federico?

Hortensia: Sí, bueno, sus amigos lo llamaban Fede, pero a él le gustaba que yo lo llamará Federico, y él a mí siempre me llamaba Hortensia, nunca Tesy, tampoco me llamaba nunca cariño, ni tesoro, ni cielo, ni vida, ni princesa, ni reina, ni estrella, ni nada con “mi” como “mi amor”, porque decía que las relaciones tenían que ser personales y no posicionales ni posesionales... Es que era muy inteligente, un intelectual, mayor que yo, me llevaba once años, yo era muy joven y aprendí mucho de él... Hablaba tan bien...

Alejandra: ¿Y qué cree usted que fallaba en esa relación?

Hortensia: Bueno, bastante tiempo después de dejarlo me di cuenta de que en realidad no me daba nada. Es curioso, porque cuando estaba con él no lo veía así, pero después, pensando, me di cuenta de que todo en nuestra relación era a su medida, todo se hacía a su manera, las comidas, los planes, la frecuencia de nuestros encuentros, todo lo decidía él... hasta las palabras se usaban a su manera. Y yo tenía un montón de necesidades que no era capaz ni de expresar... notaba como una especie de malestar que siempre estaba ahí...

Alejandra: ¿Una especie de... podríamos llamarle “insatisfacción difusa”?

Hortensia: Sí, sí... eso era exactamente lo que sentía... nunca lo habría dicho tan bien...
Insatisfacción difusa.

Alejandra: ¿Y cómo... cómo se comportaba usted con él, cómo era el amor que sentía hacia él?

Hortensia: Oh, era un amor inmenso, absoluto, abnegado, como el que ninguna mujer ha sentido jamás por un hombre, era un amor que me purificaba, me elevaba, aunque me hacía profundamente infeliz. Hubiese sido capaz de hacer cualquier cosa por él, de sacrificarlo todo... No estaba dispuesta a permitir que encontrara ningún fallo en mí.

Alejandra: ¿Y cómo terminó la relación?

Hortensia: Yo la terminé. Fue por esa insatisfacción difusa, y porque comencé a darme cuenta de que estaba empezando a dejar de ser perfecta. Ser perfecta es muy difícil y yo era muy joven, creo que ahora, si volviera a enamorarme así, sí que podría...

Alejandra: ¿Qué podría qué?

Hortensia: Ser perfecta.

Alejandra: Hortensia, nadie es perfecto.

Hortensia: Ve, usted es mucho más negativa que yo. Yo estoy segura de que podría llegar a ser perfecta, sólo necesito dar con la persona adecuada para conseguirlo...

Alejandra: ¿Hugo no lo es?

Hortensia: Me temo que no. La verdad es que me gustaría que las cosas fueran mejor con él.

Alejandra: Quiere dejarlo.

Hortensia: No, no es eso, es justo lo contrario... digo que me gustaría que las cosas fueran mejor con él.

Alejandra: Quiere dejarlo, Hortensia, y aquí hemos topado por fin con su núcleo patógeno... Quiere dejar a Hugo, pero le da miedo, se resiste a hacerlo, y por eso se resiste a reconocer que lo quiere dejar. Pero en realidad es eso lo que quiere decirme cuando dice lo que me dice.

Hortensia: Pero yo no estoy diciendo eso. Estoy diciendo exactamente lo contrario ¿Por qué voy a querer decir algo diferente de lo que digo?

Alejandra: Porque siempre ocurre así. Tras su discurso manifiesto hay un discurso latente, del que no es usted consciente. Siempre es así.

Hortensia: ¿Entonces a usted también le pasa lo mismo?

Alejandra: ¿Qué quiere decir?

Hortensia: Usted ahora también está queriendo decirme otra cosa, diferente a la que me dice, y de la que no es consciente.

Alejandra: No, vamos a ver, no es lo mismo. El que yo estoy usando es el discurso psicoanalítico: científico, objetivo, aséptico.

Hortensia: ¿Qué es aséptico?

Alejandra: Limpio.

Hortensia: Ah.

Alejandra: Lo que yo digo no tiene nada que ver con mi inconsciente, ni con mis frustraciones, ni con mis angustias... Es usted la que está sufriendo una crisis, del griego Krisis, con K, del verbo Krinein, que significa separar. En la crisis algo se separa, algo se rompe, por eso usted siente amenazada la estabilidad de su vida y de su persona. Su vida se está rompiendo, ¿entiende? Todo aquello que había construido minuciosamente, todo aquello en lo que confiaba, ese amor, que usted creía tan valioso, ha resultado ser un fraude.

Hortensia: ¿Qué le pasa?

Alejandra: Oh, no sé, estoy tan confundida, disculpe, nunca me había pasado esto con una paciente, bueno, en realidad, debo confesarle que usted es mi primera paciente... y por eso a veces me siento un poco insegura

Hortensia: Dios...

Alejandra: Oh, qué torpe soy, no debí decirle esto, además un analista nunca debe hablar de sí mismo, he cometido un terrible error, ahora ya no podrá confiar en mí...

Hortensia: No, no se preocupe, en realidad, también para mí es la primera vez: es la primera vez que me psicoanalizo, estamos en la misma situación, en igualdad de condiciones.

Alejandra: Oh, gracias, Tesy, eres muy amable. Hortensia, es usted muy amable, perdone si antes he sido un poco brusca...

Hortensia: No de verdad, para mí, de hecho, ahora que lo pienso, me da cierta tranquilidad ser su primera paciente... antes, tengo que confesarle me sentía un poco celosa.

Alejandra: ¿Celosa?

Hortensia: Sí, no podía evitar pensar que seguramente había tenido pacientes mejores que yo, con más patologías, más neurosis y ese tipo de cosas, supongo que para un psicólogo eso es más interesante; a veces tenía miedo de aburrirla, de ser demasiado

simple, a veces incluso, he llegado a inventarme cosas, sólo para gustarle, para llamar su atención...

Alejandra: Pero Tesy, ¿cómo ha podido hacer eso? ¿Qué...qué es lo que se ha inventado?

Hortensia: Pues, muchas cosas, que a Hugo le gusta pegarme cuando hacemos el amor, pues es mentira, en realidad él es siempre muy cariñoso, y tierno, y no es verdad tampoco que mi padre me violara, yo, lo siento, es que no sabía qué inventarme, en realidad tengo una vida tan vulgar, tan sin problemas, y tenía miedo de que usted... no quisiera atenderme, de que creyera que yo no necesitaba ayuda...

Alejandra: Hortensia, esto no funciona así. Todos podemos necesitar ayuda psicológica, no hace falta que tengamos ese tipo de problemas para necesitarla...

Hortensia: Ya, pero pensaba que... a veces cuando estás deprimida y no tienes problemas, ¿sabe?, esos que llaman problemas reales, pues todo el mundo se mete contigo, y te sientes culpable, y egoísta, porque en el tercer mundo se mueren de hambre y tú estás ¿en el segundo o en el primero? Bueno, no estás en el tercero, pero lloras, a lo mejor simplemente porque tienes que servir una mesa más, y al día siguiente muchas más, y siempre es así día tras día y ves que el tiempo pasa y que pronto ya nunca podrás hacer de Julieta en *Romeo y Julieta*, porque Julieta sólo tenía catorce años y tú ya llevas catorce imaginándote que a lo mejor algún día te darán el papel...

Alejandra: Hortensia, a partir de ahora quiero que de verdad sea sincera; que me diga todo lo que piensa y que no invente mentiras, de lo contrario no podremos continuar.

Hortensia: Lo intentaré, pero me cuesta tanto no contar mentiras. No se lo tome como algo personal, le miento a todo el mundo.

Alejandra: ¿A todo el mundo? ¿A Hugo también?

Hortensia: Sí, claro, sobre todo a Hugo.

Alejandra: ¿En qué, por ejemplo?

Hortensia: Pues, por ejemplo, le he contado que usted es un hombre, que no se llama Alejandra, sino Alejandro, pero me deja que le llame Alex, y, bueno, está perdidamente enamorado de mí, y jamás le había pasado nada semejante con una paciente, y me deja que venga gratis a la consulta y yo sigo viniendo por puro altruismo y capacidad de comprensión, porque para usted es un reto profesional y personal poder psicoanalizarme y superar esta debilidad tan grande que antes ni siquiera sospechaba.

Alejandra: ¿Pero Hugo, se traga todo eso? ¿Y está dispuesto a consentirlo?

Hortensia: Bueno, se pone celoso, naturalmente, pero de eso se trata, para eso lo hago, le da morbo a la relación... además él confía mucho en mí, sabe que nunca le mentiría.

Alejandra: ¡Pero usted le miente!

Hortensia: No, no le miento exactamente.

Alejandra: ¿Cómo que no? Si acaba de decirlo, le está contando una historia espantosa, un culebrón patético...

Hortensia: No, no, porque mentir es querer ocultar algo, y yo no miento para ocultarle nada, sino sólo para tener algo interesante que contarle, como a usted.

Alejandra: Ya. Verá, Hortensia, definitivamente lo que usted padece es un desorden de la identidad que se conoce con el nombre de Atrofia narrativa. De hecho hace ya varias sesiones que lo venía sospechando...

Hortensia: ¿Y qué es eso?

Alejandra: Todos necesitamos contarnos nuestra propia vida de una manera más o menos convincente, más o menos soportable, más o menos digna. Y para usted eso tan necesario resulta sencillamente imposible, por eso siente esa necesidad compulsiva de mentir. Ha perdido su centro de gravedad narrativo.

Hortensia: Dios mío, creo que me estoy mareando...

Alejandra: Hortensia, no hay razón para que se inquiete, sólo debe atender a todas las facetas de su personalidad múltiple, disculpe, quiero decir a las múltiples facetas de su personalidad, y percatarse de que es usted una mujer maravillosamente compleja, a pesar de lo simple que puede parecer a primera vista... Le diré lo que vamos a hacer. Antes de nuestra próxima sesión le confesaré a Hugo todas las mentiras que le ha contado.

Hortensia: ¿Todas? Pero es que son demasiadas.

Alejandra: Esta bien. Empiece por todas aquellas que tengan que ver conmigo y con el tratamiento. ¿De acuerdo?

Hortensia: De acuerdo.

Alejandra: Muy bien, la veré el jueves que viene. Hoy voy a cobrarle solamente la mitad.

Hortensia: Muchas gracias.

Hortensia y Hugo en un sofá. Hugo lee un cómic, Hortensia hojea algún libro, sin interés.

Hugo: *(Concentrado en el cómic.)* Es genial.

Hortensia: Parece que va a llover

Hugo: *(No contesta.)*

Hortensia: Digo que parece que va a llover.

Hugo: Ah, sí. ¿Y qué pasa?

Hortensia: Nada. Nada, sólo que me pregunto por qué se te ocurre poner siempre una lavadora precisamente el día que va a llover.

Hugo: No empecemos.

Hortensia: No, claro, no empecemos. Podías haber empezado por levantar la cabeza y mirar el cielo antes de poner la lavadora, digo yo.

Hugo: Tesy, cariño, cuando puse la lavadora hacía sol.

Hortensia: Y una mierda hacía sol. Esta mañana cuando salí de casa, mucho antes de que tú levantas la cabeza de la almohada, por cierto, estaba tan nublado que tuve que volver a buscar un paraguas.

Hugo: Mucho antes de que yo levantara la cabeza de la almohada, tú lo has dicho, puede que después, cuando por fin me he dignado a asomar los ojos al mundo, puede que hiciera sol.

Hortensia: ¿Tú a esto le llamas sol?

Hugo: Mira Tesy, no quiero discutir.

Hortensia: No, no, yo tampoco quiero discutir, sólo quiero saber si tú a esto le llamas sol. Porque así es como estaba el cielo cuando has puesto la lavadora. Vamos es que me juego la cabeza.

Hugo: Vale. Pues he puesto la lavadora sólo para joderte, ya está.

Hortensia: Sólo quiero que me digas si para ti esto es sol.

Hugo: Mira, he puesto la lavadora porque he visto que iba a llover, sí, pero lo he visto inconscientemente, y desde mi inconsciente he puesto la lavadora para joderte, es decir, tenía un inconsciente deseo de joderte que tiene que ver con las veces que mi madre me obligó a poner una lavadora y yo deseaba que lloviera para no ponerla. Un deseo que además está relacionado con una frustración sexual, porque es un claro símbolo sexual

que llueva a cántaros sobre la ropa recién lavada, colgada agresivamente por medio de pinzas, obligada a permanecer expuesta a la lluvia.

Hortensia: ¿Has terminado ya?

Hugo: Es una interpretación psicoanalítica, grotesca pero psicoanalítica. Te debería gustar.

Hortensia: Lo que has dicho no tiene nada que ver con el psicoanálisis.

Hugo: ¿Ah no? ¿Te crees que es muy diferente a eso lo que hace tu querido Alex?

Hortensia: Pues sí. Para empezar él no desprecia a Freud.

Hugo: Pero si a mí me encanta Freud. Como autor cómico, eso sí.

Hortensia: Vete a la mierda.

Hugo: Pero si lo admiro. Las explicaciones que da de los comportamientos de sus pacientes son absolutamente delirantes. Y haber conseguido pervertir de ese modo toda la historia de la psiquiatría posterior... tiene mucho mérito.

Hortensia: Lo que te pasa es que estás celoso de Alex.

Hugo: Interpretación psicoanalítica y de lo más vulgar. Pero sí, estoy celoso. Y me irrita que te tomes tan en serio lo que él te dice cuando yo te conozco mucho mejor.

Hortensia: Pero es distinto, él es un profesional.

Hugo: ¿Un profesional que se te declara en medio de una sesión?

Hortensia: Todos perdemos el control a veces. Ya te dije que nunca le había pasado. Fue la complejidad de mi personalidad lo que le sedujo. Dice que soy una mujer maravillosamente compleja. Me comparó con Anais Bin.

Hugo: Nin.

Hortensia: ¿Qué?

Hugo: Se dice Nin, no Bin.

Hortensia: Bueno, como se diga. Me comparó con ella. ¿Sabías que los dos psicoanalistas que tuvo se enamoraron perdidamente de ella? Y lo más gracioso es que ella había decidido hacer terapia para recuperar la confianza en su feminidad. ¿Crees que Alex conseguirá que recupere la confianza en mi feminidad?

Hugo: Tesy, me estás provocando. Y ya sé por qué he puesto la lavadora con el cielo nublado.

Hortensia: ¿A sí? ¿Por qué?

Hugo: Ha sido para que te enfadaras conmigo y así tener una excusa para reconciliarnos. Interpretación más bien conductista pero elegante.

Hortensia: Pues lo siento mucho, pero sigo enfadada.

Hugo: Vale, pues ya que te quieres poner en plan borde aprovecho para decirte que vayas pensando en sacar ese mamotreto de la habitación.

Hortensia: No es ningún mamotreto, es un bloque de cristal de sal del Himalaya que ha cristalizado a lo largo de 250 millones de años.

Hugo: ¿Pero qué dices?

Hortensia: Sirve para transformar las partículas ionizadas de nuestro entorno.

Hugo: ¿Pero qué dices?

Hortensia: Debajo de este edificio hay una geopatía, te lo he dicho mil veces, por eso estamos tan nerviosos.

Hugo: ¿Estamos? Yo estaba relajadísimo hace diez minutos, eres tú la que de repente te has puesto histérica.

Hortensia: No soy yo... es el mal Feng Shui este asqueroso.

Hugo: Mira, plántate delante de la cosa esa del Himalaya y a ver si te relajas un poquito. Yo me voy a dar una ducha.

Hortensia: No funciona el calentador.

Hugo: Para variar. *(Sale. Hortensia se queda sola, irritadísima. Al cabo de un momento se oye la voz de Hugo.)* Por lo menos podías haber limpiado toda esta mugre de la bañera.

Hortensia: ¡No es mugre, son micropartículas de albaricoque!

Alejandra en su consultorio.

Alejandra: *(Lee una nota en voz alta.)* “Alejandra... creo que necesitas reflexionar, aprender de separar las cosas. Te llamaré en unos días para quedar a vernos. Te aprecio mucho, Eduardo.” ¿Cómo puede escribirme esto? ¿Cómo puede escribirme esta mierda? “De separar las cosas”, “quedar a vernos” ¿Cómo puedo amar a un hombre que ni siquiera usa bien las preposiciones? Debería decírselo, ¿acaso no me dice él todo lo que hago mal? Debería decirle “Eduardo, usas mal las preposiciones”. Te lo digo por tu propio bien: ahora que no quiero seducirte, ni encantarte, ni hacerte sentir el hombre más maravilloso del planeta... ahora te lo puedo decir: usas mal las preposiciones y un montón de cosas más...

Hortensia llega a la consulta.

Alejandra: Buenas tardes, Hortensia, ¿Qué tal se encuentra hoy?

Hortensia: Bien, bien. Bueno, me siento un poco culpable.

Alejandra: Muy bien, veamos por qué.

Hortensia: Creo que a veces soy muy dura con Hugo. Me irrito con facilidad. Creo que estoy resentida con él.

Alejandra: El resentimiento puede ser un sentimiento a primera vista muy negativo, pero sin embargo hay que pensar que casi siempre tiene su origen en una agresión exterior que es real.

Hortensia: ¿Ah sí? En los seminarios de autoayuda me decían todo lo contrario. Yo llevo años tomando flores de Bach contra el resentimiento.

Alejandra: Entonces debería preguntarse si no ha establecido una dependencia psicológica. Y... ¿le funcionan?

Hortensia: Sí, sí, me van muy bien.

Alejandra: Pero ha dicho usted que está resentida con Hugo.

Hortensia: Sí, pero por eso mismo, si no las tomara estaría mucho peor.

Alejandra: Ya, desde luego su teoría no se ajusta para nada al principio de refutabilidad científica, pero vamos a dejarlo ahí. Ahora me interesa que abordemos eso del resentimiento. Hablaremos otro día de las flores de Bach, de momento deje de tomarlas.

Hortensia: ¡¿Qué las deje?!

Alejandra: Acaba de corroborar mi teoría de la dependencia. No se preocupe, tómelas. De todas maneras estoy segura de que no le sirven de nada. Lo que ahora me interesa es que empiece a ver el resentimiento como un sentimiento positivo, y quiero que le dé una salida, una vía de escape, que no lo reprima.

Hortensia: ¿Pero y si Hugo no tuviera la culpa de lo que me pasa? A veces veo que él no es violento conmigo y yo sí, y eso me irrita aún más. A veces me gustaría tener motivos para chillarle sin sentirme culpable.

Alejandra: Sin duda los tiene Hortensia. Es necesario que abandone esa idea de que la violencia va siempre ligada a la agresión. Existe lo que se conoce con el nombre de violencia pasiva, y por lo que me cuenta Hugo debe ser un maestro en ese arte.

Hortensia: ¿Violencia pasiva?

Alejandra: Sí, consiste en agredir al otro constantemente pero sin perder nunca los papeles y con una perversa e hipócrita corrección en las formas, de manera que el otro no tenga la posibilidad de responder agresivamente sin que parezca presa de un ataque irracional de histeria. Se ha hablado mucho de la histeria femenina, pero habría que considerar la posibilidad de que detrás de toda mujer histérica haya un agresor pasivo, en potencia o en acto. Disculpe, creo que debería anotar esta última frase.

Hortensia: ¿Pero eso no es entrar en una especie de paranoia o psicosis o lo que sea, no es un poco delirante?

Alejandra: ¿Delirante? Yo le diré lo que es delirante. Es delirante que disimulen su frustración y su cobardía con ese falso paternalismo castrador, es delirante que nos utilicen constantemente y que además pretendan que les demos las gracias, es delirante que nos obliguen a pensar a través de sus propios conceptos...

Hortensia: ¿Pero de quién está usted hablando?

Alejandra: De ellos. De los hombres.

Hortensia: Pero eso no está bien, ¿no?

Alejandra: ¿El qué no está bien?

Hortensia: Hablar en general. No es objetivo, ¿no?

Alejandra: Claro que está bien. Hortensia, hablar en general es la única manera de hacer ciencia. El psicoanálisis es una ciencia, no lo olvide. Creí que ya habíamos dado por zanjada esta cuestión.

Hortensia: Sí, sí, sí...

Alejandra: Por cierto, ¿ya le ha contado a Hugo que todo lo que le ha dicho acerca de mí era mentira?

Hortensia: Sí.

Alejandra: ¿Y cómo reaccionó?

Hortensia: Bueno, le dolió mucho, pero fue estupendo. Tuvimos una reconciliación maravillosa.

Alejandra: Me alegro. Aunque no siempre lo fundamental es reconciliarse.

Hortensia: ¿Qué quiere decir?

Alejandra: A veces lo fundamental es conseguir que las cosas estallen. A veces esa es la única manera de avanzar.

Hortensia: Le he mentado.

Alejandra: ¿Qué le ha contado esta vez?

Hortensia: No, a Hugo no, a usted. Bueno, a Hugo también. Quiero decir que acabo de mentirle a usted cuando le he dicho que le he dicho a él que le había mentado sobre usted.

Alejandra: Disculpe, me he perdido.

Hortensia: Que es mentira que le he dicho que le miento.

Alejandra: Ya. Pues no se lo diga.

Hortensia: ¿Cómo que no se lo diga?

Alejandra: No. ¿Qué hay de malo en una mentira que en cierto sentido le otorga a usted una especie de ventaja? Aprovéchela.

Hortensia: Pero usted me dijo que dejara de mentirle.

Alejandra: Hortensia, yo le digo lo que creo oportuno decirle en función de la fase de análisis en la que usted se encuentra.

Hortensia: ¿Y no sería poco maduro por mi parte?

Alejandra: Claro que no. La madurez se mide en función de nuestra capacidad de controlar las situaciones. Usted ha conseguido que él se trague toda esa bazofia que le cuenta, eso demuestra que tiene un gran control sobre la relación. Si ahora le confesara que ha mentado, eso la colocaría a usted en una posición de inferioridad. Se sentiría más insegura y por tanto más resentida.

Hortensia: Hoy me siento más confundida que nunca.

Alejandra: Eso es un buen síntoma, señal de que avanzamos. Ya sabe, después de la tormenta viene la calma. No se preocupe, siga con las flores de Bach y no intente ocultar su resentimiento: explote. Ahora tendrá que disculparme, pero me veo obligada

a interrumpir la sesión porque sufro una serie de trastornos psicosomáticos de diversa índole.

Se va Hortensia. Alejandra continúa con su monólogo.

Alejandra: Usas mal las preposiciones y un montón de cosas más... ¿Y sabes por qué? Porque eres un cobarde, un cobarde de los de verdad, de los que yo ni siquiera sabía que existían... y descubrir que existen me asquea, me asquea tu falta de agallas, tu falta de generosidad, tu falta de altura, tu deprimente y exagerada falta de imaginación, tu chatura... ¿Cómo es posible que no puedas escribirme una carta de despedida hermosa, delicada, sincera? Te he desnudado mi alma, ¿cómo puedes escribirme esta mierda? ¿Sabes lo que es esta mierda? Es la puta prosa del mundo... y es que me cago en la prosa del mundo, ¿entiendes?

Directora: *(Abandona la platea y sube al escenario)* No Cristina, quiero más, quiero más intensidad, más rabia, más dolor, quiero histeria, quiero verte histérica, fuera de ti. Tienes que ponerte en la piel de Alejandra. Alejandra ha escrito una carta de amor apasionada, enloquecida, y ese cretino le contesta con esta porquería, ¿entiendes? Imagínate el derrumbamiento de un sueño cuidadosamente construido, imagínate el estrépito de esa caída, el, el... el estupor al tener que enfrentarse con... *(coge la hoja con dos dedos por una puntita como si estuviera terriblemente sucia)* ...con esto. Porque “qué es esto”, ¿eh? ¿Qué es esto? Esto es la triste prosa del mundo, y yo quiero que tú se la enseñes al espectador *(se acerca al borde del escenario y la enseña al espectador)* sin el menor asomo de vergüenza. Quiero que te sientas orgullosa, y no avergonzada, de poder reconocerla y denunciarla. Quiero que te imagines a Eduardo frente a ti y que lo increpes: *(completamente identificada con lo que dice)* Te he desnudado mi alma, ¿cómo puedes escribirme esta mierda? ¿Sabes lo que es esta mierda? Es la puta prosa del mundo... *(histérica de rabia)* Y es que me cago en la prosa del mundo, ¿entiendes? Me cago en tu puto telegrama de cobarde del montón, me cago en todas las pasiones mediocres como la tuya... *(suena un móvil. ¿El resto de los actores van apareciendo en escena?)* Es él, es él, es él, ahora sí que es él. *(Va a buscar el bolso que está sobre la silla, no encuentra el móvil, desesperada va vaciando el bolso sobre el escenario hasta que da con él y pone una cara de absoluta consternación)* Hola mamá. (...) Bien, bien, sí, bien. ¿Y tú? (...) ¿El qué? (...) ¿El calentador? No, todavía no. Pero no pasa nada, estamos en verano, se puede vivir sin

calentador, mamá. (...) No, perdona, la nevera va perfectamente, lo que no funciona es el congelador, pero se puede vivir estupendamente sin congelador, ¿verdad que nadie se come la comida congelada? (...) Mamá, no te preocupes, de verdad... (...) Pues cuando cobre, bueno... cuando cobre más, quiero decir. (...) ¡No! Las ventanas te aseguro que las arreglo este otoño aunque tenga que prostituirme... no pienso congelarme otro invierno más. (...) ¡Mamá, era una broma! Era una broma mamá... ¿Además qué te crees, que escribir libros de autoayuda es algo tan distinto a prostituirse? (...) Claro que pones el cuerpo, ¿acaso el cerebro no es parte del cuerpo?... ¿tú sabes cómo me quedan las neuronas, además de las cervicales y los ojos, después de pasarme una noche entera explicando por qué los hombres no encuentran la mantequilla en la nevera y por qué las mujeres no entienden los mapas? (...) Mamá, por favor no discutamos. Perdona, ¿vale? (...) No, no necesito dinero, de verdad... (...) Mamá, hablamos más tarde, ¿vale? Es que ahora estoy en medio de un ensayo, ¿eh?. Te llamo más tarde, ¿vale? (...) Sí... Un besito.

(Cuelga el teléfono. Se queda mirando un momento la pantalla del móvil Mira a los actores) ¿Qué hago? ¿Lo llamo yo?

Todos a la vez con matices distinto: No.

Directora: ¿Cómo puede ser que lo tengáis tan claro?

Mario: Tú misma lo decías el otro día... hay amores contingentes y amores necesarios, ¿no? Bueno, pues este es contingente, déjalo ya.

Directora: No, mira, lo de los amores necesarios y contingentes olvídalos porque no sirve, es un follón.

Cristina: ¿No sirve?

Directora: No, porque de pronto los contingentes se vuelven necesarios y los necesarios se vuelven contingentes y no hay quien se aclare. Lo que hay que hacer es hablar de amores horizontales y verticales. Los amores verticales no dependen del tiempo, viven más de la intensidad que de la continuidad que distingue las relaciones amorosas horizontales, que atienden fundamentalmente a la duración y a la estabilidad y pierden por eso en intensidad. Lo que pasa... lo que pasa... lo que pasa es que yo quiero un amor vertical pero que dure.

Andrés: Y yo también, no te jode...

Directora: Por favor, vamos a la escena en que Hortensia abandona definitivamente a Hugo. Empieza a sonar “Enamorarmi no mi volio mai piu”. Entra Hortensia con un vestido espectacular, se supone que está en una fiesta, ¿vale? Pues eso... tú entras,

medio borracha, con una copa en la mano, o una botella, no sé, ya veremos, y vas canturreando la canción. Entonces aparece Hugo y te mira como queriendo que te acerques. Te acercarás, llenos los dos de pasión y quiero que os deis un beso suspensivo. Te apartas después suavemente y le preguntas “¿Qué quieres de mí?” Por favor, el diálogo, ¿os sabéis ya el diálogo?

Susana: Sí. ¿Qué quieres de mí?

Andrés: Sólo quiero que te tapes un poco y que no seas tan débil.

Directora: Le entregas el chal.

Susana: Yo no me tapo, me cubro. Y no soy débil, soy frágil.

Directora: Esto tiene que estar muy bien matizado, ¿eh Susana? Esta frase es muy importante. Después empieza a sonar “I will survive” y tú abandonas el escenario. Vamos a probarlo todo, primero sin música. Vamos al momento del beso, quiero que trabajéis esa atracción, esa pasión que el espectador tiene que notar desde el primero momento en que os ve a los dos sobre el escenario. A ver, sí, eso es, miraos... Susana... trata de notar el deseo, subiendo desde el centro de tu vientre, a ver... ¿Qué te pasa?

Susana: Es que yo el deseo no lo siento nunca en el vientre.

Directora: ¿Ah no?

Susana: No.

Directora: ¿Y entonces dónde?

Susana: En la rabadilla.

Directora: ¿En la rabadilla, en serio?

Susana: Sí, sí, segura.

Directora: Bueno, pues prueba con la rabadilla, a ver qué pasa. *(Hortensia prueba.)* Uy, no, no, queda muy raro... A ver, déjame que pruebe yo, y tú mira.

(La directora y Hugo se miran con pasión, se acercan, se besan, Hugo le toca el culo, no se separan, cada vez más apasionados. Cristina y Mario se miran incómodos, preguntándose qué hacer, Susana observa aplicadamente a la directora y trata de imitar algunos de sus gestos. Finalmente Cristina lanza un libro al suelo provocando gran estruendo.)

Cristina: Perdón.

Susana: Vale, creo que ya lo entiendo. *(Susana y Andrés están a punto de besarse.)*

Directora: Bien, bien, ya está, ya lo tenéis. Es eso, es exactamente eso, no más.

Susana: Vale, lo probamos una vez.

Directora: No, no, de verdad, ya lo tenéis, vamos a dejarlo aquí, no vaya a ser que se estropee. Uy, además es tardísimo. Tú... Andrés, ¿vas hacia tu casa? ¿Quieres que te lleve? Me pilla de camino...

Andrés: Ah no, gracias, es que hoy voy hacia el otro lado...

Directora: Bueno, es que yo de hecho hoy también voy hacia el otro lado...

Andrés: ¿Ah sí?

Directora: Sí, qué casualidad, ¿verdad? Sí, es que acabo de acordarme... Bueno, chicos, nos vemos mañana, ¿vale? Por favor, estudiad mucho, y no lleguéis tarde.

Entra la directora feliz, cantando “Sabor a ti”. Entra Cristina.

Cristina: ¡Qué feliz!

Directora: Cristina, estoy enamorada, estoy feliz.

Cristina: ¡No puede ser! A ver, no puede ser que lleves un año entero sufriendo por un hombre y que en cuanto otro te dé un beso, un beso que además ni siquiera fue real, ya te derritas.

Directora: Te aseguro que ese beso fue lo más real que me ha pasado desde los últimos diez años, y claro que puede ser, es exactamente lo mismo que le pasó a Romeo con Julieta, y hay un montón de precedentes históricos. Además tú eras la primera en decirme que Antonio no me convenía, y tienes razón, realmente qué se puede esperar de alguien que ni siquiera usa bien las preposiciones.

Cristina: ¿Y Andrés usa bien las preposiciones?

Directora: No, tampoco... Pero sabe adjetivar.

Cristina: Mira, haz lo que quieras, pero Andrés tampoco te conviene, no tiene nada que ver contigo.

Directora: Cristina, mi horóscopo del lunes decía que muy pronto lo iba a ver todo claro. Pues ya ha sucedido, lo veo todo clarísimo, hasta el final de la obra.

Cristina: Por favor, no empieces con el horóscopo, no me digas que de verdad crees en el horóscopo.

Directora: No, no creo en el horóscopo, pero te aseguro que el del Diario Metro es infalible. ¿Lo tienes?

Cristina: Sí.

Directora: Vas a ver, lee el tuyo.

Cristina: “Tu jefe es un auténtico capullo que se aprovecha de tu falta de autoestima. Tendrás que pararle los pies antes de que sea demasiado tarde.” Joder, dio en el clavo.

Directora: ¿Ves? Te lo dije. A ver, déjame ver el mío. “Este año Cupido te jugará una mala pasada lanzándote una de sus flechas por error.” ¿Por error? ¿Cómo que por error? No puede ser, a mí estas cosas es que me hunden...

Cristina: Oye, es un poco temprano, ¿quieres que vayamos a tomar un café antes del ensayo?

Directora: No, ve tú si quieres, yo prefiero quedarme un poco a solas, a ver si me concentro.

Cristina: Vale, pues ahora vuelvo, ¿eh?

Directora: Sí, tranquila.

Pone en un aparato de CD el dúo de la creación de Adán y Eva, de Hadyn. Se estira sobre el diván y comienza, poco a poco, a moverse como si estuviera con alguien. Entra Andrés y los dos se dan un sobresalto.

Andrés: Perdona, si vengo en un mal momento.

Directora: No, no, para nada, si estaba pensando.

Andrés: ¿Segura?

Directora: Sí, sí, es que siempre que pienso me retuerzo un poco.

Andrés: Ah, bueno, pues yo vine un poco antes porque quería hablar contigo.

Directora: ¿Conmigo?

Andrés: Sí. Te quería contar una cosita.

Directora: ¿Ah sí?

Andrés: Sí, es que tengo una especie de duda en la cabeza...

Directora: ¿Con el papel?

Andrés: No, qué va, es una cosa personal. Me gustaría que quedara entre nosotros.

Directora: ¿Pero no tiene nada que ver con los ensayos?

Andrés: No, bueno sí, en parte sí, pero no a nivel profesional.

Directora: Lo del ensayo de ayer... a lo mejor te resultó un poco violento...

Andrés: No, no, para nada, si me encantó. Me gustó muchísimo. ¿Lo hice bien?

Directora: Fantástico...

Andrés: ¡Ay! Es que me pongo como un crío de quince años.

Directora: Yo también.

Andrés: Nada, que ayer sentí una cosa super fuerte.

Directora: A mí me pasó lo mismo.

Andrés: Lo voy a lanzar, ¿vale?

Directora: Lánzalo...

Andrés: Ayer sentí una cosa super especial. No sé, hacía un montón de tiempo que no me pasaba algo así.

Directora: A mí tampoco...

Andrés: Te lo digo de golpe, porque si no, no me va a salir. Mira, yo estaba haciendo la escena y de repente sentí una cosa en el estómago que va más allá de lo que siento

cuando me subo a un escenario. Como un fuego interior, ¿sabes? Yo es que creo que me he enamorado como un imbécil, te lo juro.

Directora: Yo también...

Andrés: Ya, ya lo sé.

Directora: ¿Tanto se me nota?

Andrés: Hombre, pues sí, a ti sí, la verdad. ¿Y a mí se me nota?

Directora: Sí, a ti también se te nota...

Andrés: ¿Sí? ¿Tú crees que ella se habrá dado cuenta?

Directora: ¿Cómo ella?

Andrés: Susana, ¿Crees que Susana se habrá dado cuenta?

Directora: Susana...

Andrés: Se me debe notar un montón... ¿Qué te pasa? Te has puesto blanca...

Directora: Pálida.

Andrés: ¿Qué?

Directora: Me he puesto pálida, no blanca. Hay que usar bien los adjetivos...

Andrés: Sí, eso, te has puesto pálida, ¿qué te pasa?

Directora: No, nada, es que tengo un problema de... de eso... de... de palietitis, un problema de palietitis. Y me pongo pálida.

Andrés: ¿Qué es la palietitis?

Directora: Es... una cosa. Es una cosa que se llama palietitis.

Andrés: Ah...

Directora: Pero no pasa nada. Que me veas así no quiere decir que pase algo.

Andrés: Pero pareces mareada. ¿Por qué no te sientas?

Directora: Porque me acabo de levantar. ¿Para qué voy a sentarme si me acabo de levantar?

Andrés: Sí, claro...

Directora: A ver, el asunto es que te has ena... ena... enamorado... de Susana...

Andrés: Sí, tía, me he enamorado como un imbécil.

Directora: Chissst... no es bueno para ti que lo repitas tanto. No lo vuelvas a repetir en tu vida. La cuestión es: ¿y yo qué pinto?

Andrés: Es que sabes qué pasa...

Directora: ¿Qué pasa?

Andrés: Me da tanto miedo que me rechace que no me atrevo a hacer nada. Es que además no sé casi nada de su vida. ¿Tú sabes si está con otro? Te juro que si está enamorada de otro... te juro que es que me muero.

Directora: *(A punto de morir)* No exageres.

Andrés: Oye... ¿por qué no me ayudas a escribirle una carta de amor, tú que escribes tantas?

Directora: ¿Yo?

Andrés: Sí, una carta que la vuelva loca, por favor. Tú te imaginas lo que más te gustaría que te dijera un hombre y yo se lo escribo. ¿No te parece mal, verdad?

Directora: ¿Parecerme mal? ¿A mí? ¿Por qué iba a parecerme mal a mí? Para nada.

Andrés: Estás tan rara.

Directora: Sí, es por la palietitis. Ya te lo he explicado. La palietitis me pone rara.

Andrés: *(Con el papel de la carta preparado.)* Va, concéntrate.

Directora: Estoy concentrada. Estoy completamente concentrada.

Andrés: Te da como conjuntivitis también la cosa esa, ¿no? Te lloran los ojos.

Directora: Sí, exacto, la palietitis me hace llorar los ojos. Y a ti te brillan mucho los ojos cuando te enamoras.

Andrés: ¿Sí? Crees que ella lo notará?

Directora: Sí, seguro... Escribe: No sé si lo has notado... a veces, cuando te hablo, mis palabras tienen dedos que tiemblan de deseo queriendo tocarte...

Andrés: ¿No le dará un poco de asco?

Directora: ¿Asco?

Andrés: Sí, eso de los dedos saliendo de las palabras... ¿no es un poco asqueroso?

Directora: Son dedos muy finos...

Andrés: Ah, bueno. ¿Cómo era?

Directora: Mira, no puedo, ahora no puedo, lo siento. Voy a tener que irme, es por la palietitis. Y creo que lo mejor va a ser que te le declares con un mensaje de móvil, es lo que se lleva ahora.

Andrés: ¿Sí? ¿Tú crees?

Directora: Sí, seguro, no falla. Un mensaje de móvil, escueto y nada ambiguo...

Andrés: ¿Me gustas?

Directora: Perfecto.

Andrés: O... guapa, puntos suspensivos, me gustas. Y otra vez puntos suspensivos.

Directora: Insuperable. Y dile a todos cuando vengan que tuve que irme porque me sentía mal, porque me sentía fatal.

Andrés: Les digo que estabas con palietitis...

Directora: ¡No! Que estaba indispuesta, les dices que estaba indispuesta. Y olvídate de la palietitis, por favor. Es un asunto privado, que quede entre tú y yo, ¿de acuerdo?

Andrés: De acuerdo. Y que te he pedido lo de la carta también que quede entre tú y yo, ¿vale? Voy a hacer lo del móvil, está mucho mejor.

Directora: Suerte.

Andrés: Gracias

(La directora sale por la puerta del público. Andrés queda, con su móvil en el escenario.)

Directora: *(Habla por el móvil)* Mira Javier, te lo agradezco de verdad, te agradezco tu preocupación, pero es que no voy a hacerlo. (...) No, no voy a escribir un libro que se titule “Nietzsche para ejecutivos”. (...) No Javier, es que no puedo hacerlo, ni con un nombre falso ni con el nombre de un enemigo. Pero gracias, de verdad, y en estos momentos lo del calentador es lo de menos, en serio. (...) Mira, para que te quedes tranquilo luego voy a ducharme a tu casa, ¿vale? Venga, después te llamo, un beso.

(Cristina entra, por la puerta del público, mientras está hablando.)

Cristina, no me dejes mirar nunca más el horóscopo, por favor. No me dejes.

Cristina: ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Directora: Porque siempre me dice que haga lo contrario de lo que quiero hacer y entonces yo hago lo contrario de lo que me dice y todo es un desastre.

Cristina: ¿Qué ha pasado?

Directora: Pues que mi horóscopo del lunes decía: “No deberías dejar que tu incontinencia literaria afecte de ese modo todas las facetas de tu vida”. Dime si no era mío... Y entonces pensé que no era verdad, que tampoco afectaba exactamente todas las facetas de mi vida, y entonces me indigné, y siempre que me indigno acabo pensando en mi jefe, y entonces le escribí una carta a mi jefe, una carta muy literaria y muy incontinente, explicándole exactamente y sin escatimar detalles todo lo que pienso de él.

Cristina: ¡Ay Dios! ¿Y qué ha pasado?

Directora: Que me ha despedido Cristina. Lo que ha pasado es que me ha despedido.

Cristina: ¿Pero qué le escribiste? ¿Era muy ofensiva la carta?

Directora: No, para nada, si hasta le daba la oportunidad de disculparse.

Cristina: Ya... ¿Y ahora qué vas a hacer?

Directora: Pues de momento no me quedará más remedio que seguir aceptando espantosos libros de autoayuda por encargo. Pero también he decidido que voy a ensayar, Cristina, voy a ensayar... Voy a entregarme al teatro, voy a olvidarme de los hombres y de esa subespecie de hombres que son los jefes. Y he decidido que no es ningún drama que no se me ocurra el final de la obra. ¿Para qué estáis los actores? ¿Para qué se ha inventado esa cosa tan maravillosamente contemporánea y práctica que se llama dramaturgia actoral? He decidido que hoy vamos a hacer un ejercicio de dramaturgia actoral. Voy a escribir el final de la obra a partir de vuestras improvisaciones.

Cristina: ¿Y crees que va a funcionar?

Directora: Por supuesto, a todo el mundo le funciona. Cuando falla el talento hay que aprender a sustituirlo por alguna otra cosa. Mira, genial, aquí llega Mario, vamos a empezar. Mario, hoy vamos a hacer un ejercicio de dramaturgia actoral.

Mario: ¿Qué es eso?

Directora: Tú sólo tienes que improvisar. Y después yo me ocupo del resto.

Mario: Pero hace mucho que no improvisamos.

Directora: Por eso mismo es importante que lo hagamos, vamos allá. Tú, Mario, ponte aquí, en cuclillas, y tú Cristina aquí, más atrás, sentada, no así no, para el otro lado. Empiezas tú, Mario, con la primera frase que se te ocurra, olvida tu personaje, olvídale todo, relájate.

Mario: Es que hoy no estoy nada puesto, de verdad. Prefiero que sigamos con el texto.

Directora: ¿Qué texto? Si es que ya no hay más texto, tengo que escribir el final. Tú no te preocupes, tú relájate, ya verás como todo sale rodado. Empieza por decir una frase, la primera que se te ocurra.

Mario: ¿Sobre qué, más o menos?

Directora: No sé, sobre lo que quieras, sobre la vida en general.

Mario: *(Se reconcentra)* La vida es una mierda.

Directora: ¿Podrías intentar decir algo... un poco menos manido?

Mario: *(Vuelve a reconcentrarse)* La vida es oscura como el oscuro fondo de ambivalencia del cual emerge.

Directora: ... Mejor... A ver, prueba otra vez...

Mario: Mira, la verdad es que empiezo a cansarme.

Directora: Eso es...

Mario: La verdad es que empiezo a estar hasta los huevos.

Directora: Muy bien, sigue por ahí, por ahí...

Mario: ¡Te lo digo a ti, coño!

Directora: ¿A mí?

Mario: Sí, a ti, joder.

Directora: ¿A mí por qué?

Mario: Porque estoy harto de perder el tiempo y de que no te aclares. Acaba la obra, ¿vale? Cuando tengas el final nos llamas y seguimos ensayando, si es que eres capaz de acabarla.

Directora: ¿Pero qué te he hecho yo?

Mario: Me has hecho perder el tiempo. Yo soy un actor, ¿entiendes? Necesito eficacia. No puedo pasarme tres meses ensayando una obra que ni siquiera está acabada.

Directora: ¿Y qué quieres que haga si no se me ocurre el final? ¿Qué recurra al metateatro?

Mario: No sé, pero ese es tu problema, ¿entiendes? Tu problema.

Cristina: Pero no te pongas así, a lo mejor entre todos podemos ayudar un poco, ¿no? A ver... ¿tú has pensado qué es lo que quieres decir exactamente?

Directora: Es que yo no quiero decir nada exactamente. Quiero decir que hay cosas más importantes que “decir” todo el tiempo cosas. Yo la sensación que querría transmitir es la de confusión. A mí me interesa mostrar que nadie aprende nada, o por lo menos que nadie aprende mucho, porque creo que en el fondo aprendemos poquísimo en la vida, y además a trompicones, y de hecho creo que en general vamos a peor.

Cristina: Pero no puedes decir eso...

Directora: ¿Por qué no?

Cristina: Porque esa es una actitud muy negativa.

Directora: Es que creo que ser positivo es más negativo todavía. Conduce inevitablemente al desencanto...

Cristina: ¿Pero por qué?

Directora: Cristina, lo que nos espera al final de la vida es la muerte, y con suerte, es decir si la vida es larga, la muerte vendrá precedida de la vejez y la enfermedad, ¿de verdad te parece que hay muchas razones para ser positivos?

Cristina: Pero existen cosas... tú lo sabes... no sé, el amor.

Directora: Sí, claro que existe el amor... por eso es mucho más trágica la muerte. Por cierto, hablando de amor, ¿dónde diablos están Andrés y Susana? ¿Por qué no han llegado aún?

Mario: ¿Sabes qué te digo? Me duele una muela, así que para perder el tiempo aquí oyendo chorradas me voy al dentista. Tenemos una conversación pendiente. *(Se gira, casi sale, se vuelve a girar)* Muy pendiente. *(Sale, por la puerta del público.)*

Directora: ¿Qué ha dicho?

Cristina: Que se iba al dentista. *(Empieza a recoger sus cosas para irse.)*

Directora: Parece una buena idea. La consulta del dentista siempre me ha parecido un sitio estupendo para relajarse. Eso de tener todo el tiempo la boca abierta pero estar obligado a no decir nada es lo mejor que te puede pasar.

(Sale Cristina, por la puerta del público. La directora queda sola en el escenario.)

(Pesadilla. La directora es entrevistada por un dentista, el mismo actor que hace de Mario. Será evidente desde el principio que la escena es un sueño. El dentista rellena un cuestionario a toda velocidad y hace sus preguntas de manera absolutamente neutra.)

Dentista: ¿Fuma?

Directora: No.

Dentista: ¿Bebe?

Directora: No.

Dentista: ¿Consume usted algún tipo de droga o sustancia tóxica con regularidad?

Directora: No.

Dentista: ¿Está usted embarazada o cree que pudiera estarlo?

Directora: No.

Dentista: ¿Es usted alérgica a algún tipo de medicamento?

Directora: No.

Dentista: ¿Consume usted algún tipo de medicamento de un modo habitual?

Directora: No.

Dentista: ¿Ha sido sometida a alguna intervención quirúrgica?

Directora: No.

Dentista: ¿Ha tenido algún tipo de hepatitis?

Directora: No.

Dentista: ¿Anemias, lipotimias, enfermedades cardiovasculares?

Directora: No.

Dentista: ¿Ruptura de fémur, tibia o peroné?

Directora: No.

Dentista: ¿Practica usted algún deporte?

Directora: No.

Dentista: ¿Practica usted el sexo con asiduidad y maravillosamente?

Directora: No. ¡Digo sí!

Dentista: ¿Practica felaciones de manera habitual?

Directora: Sí...

Dentista: ¿Vigila en esas ocasiones la posición de sus maxilares y sus colmillos?

Directora: Sí... supongo que sí.

Dentista: Hágalo. ¿Es usted una mujer extremadamente compleja e insoportable o de lo contrario es un persona simple que sabe disfrutar de la vida?

Directora: ¡Simple, simple!

Dentista: ¿Los demás opinan de usted que piensa demasiado?

Directora: Sí... creo que sí.

Dentista: ¿Y usted qué opinión tiene acerca de esa opinión?

Directora: (*Se pone de pie*) Yo lo que quiero es dejar de pensar: quiero estar un día entero sin pensar, uno, quiero meterme una noche en la cama y no pensar, despertarme una mañana y no pensar. Porque... vamos a ver... no es verdad que cada mañana uno decida si va a trabajar o no, no es verdad, uno tiene que ir, día tras día, entonces a ver si me entero de que no tiene ningún sentido que cada mañana del mundo yo me pregunte: “qué hago, voy a trabajar sí o no”. Y es que pierdo una energía ahí, pierdo una energía y encima pierdo un tiempo y entonces llego tarde, y tengo entonces que salir tardísimo y vivir todo el resto del día con la espantosa sensación de que todo lo hago tarde. A veces me pregunto de dónde viene exactamente esa maldita sensación. Entonces me acuerdo de un profesor de interpretación que tuve cuando tenía 19 o 20 años. Me acuerdo que un día al final de una clase se acercó y me dijo que había hecho ese día casi todo el trayecto de metro conmigo. ¿A sí? le dije, pues yo ni siquiera me he enterado. “Ya lo sé, ibas leyendo. Y después, al hacer el trasbordo ya te he perdido, porque tú ibas muy tranquila y yo he cogido el metro de antes. ¿Sabes una cosa? Para ser actriz lo único que te falta es coger el metro de antes.” Me destrozó. Desde entonces cada vez que cojo un metro oigo esa frase en mi cabeza y tengo siempre la horrible sensación de estar cogiendo el metro de después, coja el que coja. Cuando veo u oigo que está llegando el metro me precipito escaleras abajo como si estuviera a punto de perder la vida y siempre se me cierra la puerta del vagón antes de entrar... y es que me hundo. Toda mi vida desde entonces he tenido que enfrentarme a eso. He pasado también por mi etapa de rebeldía: “Cojo el metro de después, ¿y qué? ¿Acaso el metro de antes no es exactamente igual al de después? ¿No hay siempre el mismo tipejo baboso pegándose lascivamente detrás de ti? Recuerdo que antes nunca sabía cómo reaccionar con eso de los tipejos babosos, probé todo tipo de soluciones, de las más sutiles a las más violentas, hasta que al final di con el perfecto grado de violencia y sutileza. Me giro discretamente y con una educación ejemplar y un volumen discreto pero perfectamente audible me dirijo al sujeto en cuestión: “Perdone, ¿le importaría apartar su polla de mi culo? Es que está un poco dura.” Yo creo que después de eso ya no se atreven a intentarlo más con nadie. La

cuestión es que aquella frase del director ha marcado no sólo mi relación con los transportes públicos en general sino que también ha influido en la relación con mis actores. Porque en el fondo siempre ando buscando una frase que los machaque como a mí aquella... pero sin mala leche, eso sí, todo el mundo sabe que los directores machacan a los actores pero sin mala leche, lo hacen por su propio bien, el de los actores quiero decir, igual que los padres con los hijos, el jefe con el empleado, el entrenador con el deportista, el psicólogo con el paciente, el granjero con los cerdos..., claro que nunca falta el cretino que insinúa esa chorrada de que el director es un actor frustrado, y el padre un hijo frustrado, y el jefe un empleado frustrado y el psicólogo un loco frustrado y el cerdo un granjero frustrado, ¿verdad? Pero eso... eso es interpretar el mundo desde una perspectiva muy limitada, sin atender a la intrínseca e innegable complejidad de toda relación digna de llamarse humana, la del granjero con los cerdos también lo es, ¿acaso no es humano criar, domesticar y utilizar?

(Música y salida de escena)

(Cristina está leyendo el horóscopo. Entre la directora, por la puerta del público.)

Cristina: Tengo algo que te va a encantar.

Directora: He tenido una pesadilla espantosa. Entre otras cosas soñé que Mario era mi dentista, así que sé un poco delicada.

Cristina: Fíjate lo que pone aquí. Debido a un incidente en el departamento de redacción los horóscopos publicados ayer correspondían al 16 de noviembre del año pasado...

Directora: ¿Qué?

Cristina: Publicamos a continuación los horóscopos correctos correspondientes al día de ayer y les rogamos disculpen las molestias.

Directora: ¿Disculpen las molestias? Ah... no, yo los demando, te juro. ¿Cómo pueden tomarse tan a la ligera el destino ajeno? ¿Y qué pone entonces el mío de ayer?

Cristina: No se te ocurra emprender hoy ningún tipo de acción descabellada. Si lo haces, Júpiter, Neptuno y Saturno se encargarán de que lo lamente.

Directora: ¡Dios...!

Cristina: ¿Quieres que te lea el de hoy.

Directora: No, déjalo.

Cristina: ¿Y qué te ponía el de ayer?

Directora: ¿Que qué me ponía el de ayer? ¿Quieres ver lo que me ponía el ayer? *(Saca su agenda y lee)* Esa acción descabellada que llevas tanto tiempo a punto de hacer. ¡Adelante, hoy es el día!

Cristina: ¿Y qué has hecho?

Directora: Le he enviado a Antonio todas las cartas de amor que llevo escribiéndole desde hace tres meses.

Cristina: ¿Todas juntas?

Directora: Todas juntas, cada carta con su correspondiente contracarta grapada al dorso. Ya sabes... el amor es dialéctico.

Cristina: ¿Y cuántas eran?

Directora: Cincuenta y ocho.

Cristina: ¡Cincuenta y ocho!

Directora: No te pongas catastrofista, que no llega ni a una por día, te he dicho en tres meses. Pero no pasa nada Cristina, no pasa nada, porque esta tarde he ido a un sitio muy especial y traigo algo que puede darle un vuelco radical a mi vida.

Cristina: ¿Ah sí? Cuenta, cuenta...

Directora: ¿Te acuerdas que me habían encargado un libro sobre masajes eróticos?

Cristina: ¿Pero no estabas escribiendo uno sobre el poder de la plegaria en la vida cotidiana?

Directora: Sí, pero ese ya lo acabé, después me encargaron otro sobre masajes eróticos.

Cristina: ¿Y ese también lo va a firmar el supuesto doctor Albert Lieberman?

Directora: No, claro que no, este irá a nombre de una tal Lesly Washington o algo así.

Cristina: Joder.

Directora: Bueno, la cuestión es que esta mañana me llamó el editor para pedirme que añadiera un epílogo: “Secretos afrodisíacos infalibles”. Así es que tuve que documentarme...

Cristina: Por internet...

Directora: Sí, ya sabes... Y bueno, la cosa es que encontré una página de una tienda esotérica muy extraña, con testimonios de personas que habían probado productos que se recomendaban allí y... a ver, tú sabes que yo no creo mucho en esas cosas, y que no soy para nada esotérica...

Cristina: Ya...

Directora: Pero en fin, pensé que por probar tampoco iba a perder nada, así que fui a la tienda, está aquí mismo, muy cerca...

Cristina: ¿Y qué te has comprado?

Directora: Pues compré todas las fragancias afrodisíacas que había, y de todas se dice que son infalibles. Lo mejor además es que sólo seducen al primer hombre que te huele, a los demás ya no.

Cristina: ¿Y eso es mejor?

Directora: Bueno, no sé, supongo que sí, vaya. No entendía demasiado bien al chino de la tienda que me las vendió, pero creo que él lo decía como si fuese una ventaja.

Cristina: ¿Y todas? ¿Pero por qué todas?

Directora: Pues porque era un follón, Cristina. Porque había una para hombres tímidos y otra para hombres osados, y claro Antonio es tímido, y Andrés es más bien osado, y yo hoy estaba muy confundida, así que no tenía muy claro a quien quería seducir para el resto de mi vida, porque la etiqueta deja muy claro que eso es para siempre... en fin. Y

además, había una fragancia que aumentaba la virilidad del hombre que te oliera, y otra lo hacía volverse más tierno, y otra más solícito y entregado, y otra sencillamente lo convertía en una especie de obseso sexual. Y yo tampoco tengo muy clara la diferencia entre sexual, sensual, libidinal o pasional, ¿tú sí?

Cristina: No, yo tampoco.

Directora: Total, que compré las seis y hice una mezcla.

Cristina: ¿Pero tú crees que eso va a funcionar?

Directora: Cristina, si cada una de las esencias por separado resulta infalible, por lógica todas juntas tienen que ser absolutamente infalibles....

Cristina: ¿Por lógica...? Pensaba que la infalibilidad no tenía grados...

Directora: Tú siempre tan aguafiestas, por lo menos déjame ilusionarme y probar.

Cristina: ¿Y huele bien la mezcla esa?

Directora: Bueno, la verdad es que huele un poco extraño, pero lo importante en este caso es la eficacia.

Cristina: A ver, déjame oler... *(La directora le da el frasquito, que abre con cuidado, Cristina se lo acerca a la nariz y no puede contener un enorme y aparatoso estornudo, el frasquito a todo esto se derrama encima de la directora.)*

Directora: ¿Qué has hecho?

Cristina: Lo siento, es que eso apesta, es insoportable.

Directora: Había que ponerse una gotita, Cristina, una gotita.

Cristina: ¿Sólo una?

Directora: Una, sí, debajo de la axila izquierda exactamente.

Cristina: Vaya, de verdad lo siento.

Directora: Cada frasco me costó 50 euros además, me gasté todo mi finiquito.

Cristina: ¡Tú estás loca!

Directora: No es locura Cristina, es amor.

Cristina: Pues yo lo siento mucho, pero enamorada o loca vas a tener que irte a tu casa a cambiarte, porque de verdad apesta. Te lo digo por tu propio bien, más vale que Andrés no te huela así, ni Andrés ni nadie.

Directora: ¿Estás segura?

Cristina: Mira, haz lo que quieras, pero es que yo no puedo seguir aquí oliendo esto, de verdad, me están entrando ganas de vomitar, me voy un rato al parque a que me dé el aire, de verdad lo siento mucho, pero no lo aguanto.

Cristina sale corriendo. La directora se queda sola. Se olisquea, vuelve a leer las etiquetas de varios frasquitos, empieza a recoger sus cosas. Entra Mario, se nota que al entrar recibe el impacto de una fragancia. Contempla a la directora mientras recoge, primero sorprendido y poco a poco como extasiado. Ella de repente se gira y al verlo se da un susto.

Directora: ¡Ah!

Mario: Perdona, preciosa, no quería asustarte...

Directora: No, es que...

Mario: Estás preciosa, de verdad, estás increíble *(Se acerca.)*

Directora: ¿En serio? Pues casi no he dormido...

Mario: Los ángeles no duermen.

Directora: *(Risita nerviosa.)*

Mario: Me encanta esa forma tan tuya de bajar la cabeza cuando ríes. Aunque no sé por qué lo haces, si tienes la boca más hermosa de la creación. *(Le levanta la barbilla con delicadeza y acaricia suavemente su mejilla.)* Qué piel tan suave, es realmente terciopelo, porcelana, un pétalo de jazmín...

Directora: Son las micropartículas de albaricoque del gel exfoliante.

Mario: Y el pelo... tu pelo es más suave que una nube, que un beso, que un pequeño gatito acurrucado junto al fuego, que el abrigo de visón de mi madre.

Directora: Es el restructurador proteico de penetración profunda.

Mario: Aaagh *(lujurioso)*

Directora: ¡Aaahhhh! *(aterrorizada)*

Mario: Sssssichh, poco a poco, preciosa, poco a poco, te juro que voy a convertirte en la mujer más feliz del mundo. *(La persigue.)*

Directora: Mario, me tienes que escuchar, esto es un error.

Mario: Bésame, kiss me, kiss me, soy tuyo, tuyo, tuyo, aquí me tienes a tus pies. *(Cae a sus pies. La tira al suelo. Entran Susana y Andrés.)*

Directora: Por favor, que alguien lo mate.

Susana: Ay, qué bueno, ya encontraste el final de la obra. *(Se sientan a mirar cerca del público.)* ¿No es un poco agresivo?

Andrés: No, qué va. Yo te decía que a mí me resultaba todo muy naif, sin fuerza. Esto parece mucho más real.

Susana: Pero es casi pornográfico.

Andrés: Mejor, atraerá más público.

(La lucha entre la directora y Mario no cesa, de vez en cuando la lujuria se ve interrumpida por súbitos ataques de ternura exacerbada.)

Mario: Mi preciosa criaturita, mi lirio, mi diosa del Parnaso...

Susana: ¡Qué bonito! Ojalá me dijeras cosas así...

Andrés: Ya estamos. Todo lo que digo está mal y lo que no digo está peor.

(Entra Cristina.)

Cristina: Vi entrar a Mario y al acercarme te oí gritar. Me imaginé lo peor. Así que fui corriendo a la tienda esotérica para buscar una solución y me dieron tres.

Directora: ¿Tres qué?

Cristina: *(Muestra tres botellas.)* Tres soluciones. Puedes escoger.

Directora: Cristina, sabes que odio escoger.

Cristina: Yo no me atrevía a elegir por ti. Mira, puedes darle este líquido naranja, por lo visto es muy sabroso, y conseguir que todo vuelva a ser como antes, que se le pase por completo el enamoramiento... bueno... este estado en el que está. Podéis tomaros este otro líquido los dos y obtener una especie de amor fuera de serie, le dije al chino que me atendió que tratara de concretar un poco más qué quería decir eso, pero con los problemas de idioma era un poco difícil entenderse, no paraba de repetir “fuela de selie, fuela de selie”...

Directora: ¡Por favor! ¿Puedes abreviar? La tercera opción... ¿cuál diablos es?

Cristina: La tercera opción es que os toméis los dos esta cosa verde, por lo visto asquerosa, y consigáis un amor normal.

Directora: ¿Y qué diablos se supone que es un amor normal?

Cristina: No sé, uno del montón, supongo, uno común y corriente.

Directora: *(Mira a Andrés y a Susana, que no han parado de discutir, ajenos a todo)*
No, gracias.

Mario: Te pertenezco doncella. Tu felicidad es mi destino.

Directora: A veces dice cosas que no están mal. Ninguna opción acaba de convencerme. ¿Y si mezclo los tres?

Cristina: No empecemos...

Directora: Bueno, está bien, dame el naranja.

Cristina: ¿El que hace que todo vuelva a ser como antes?

Directora: Sí, ese. *(A Mario.)* Mi tesoro, bébete este zumito, todo, todito.

Mario: Hasta el final, mi amor, hasta el final. Como si me bebiera el néctar de tu...

Directora: ¡Calla y bebe!

(Mario bebe con lujuria. A todo esto, Susana, ofendidísima con Andrés, ha abandonado el escenario. Andrés ha salido tras ella. Mario, tras beber unos sorbos, cae al suelo fulminado, tal vez muerto. La directora y Cristina lo miran expectantes.)

Directora: ¿Tienes el prospecto?

Cristina: No me dieron nada.

(Por fin, bruscamente, Mario se despierta. Parece haber recuperado su encanto habitual, es decir ninguno.)

Mario: ¡Hostia puta... joder... me cago en la leche!

Directora: Creo que sí vuelve a ser el mismo...

Mario: ¿Dónde están mis pantalones?

Directora: En alguna silla de la platea, supongo.

Mario: ¿Pero qué has hecho?

Directora: ¡Fuiste tú quien los lanzaste por el aire!

Mario: Ya lo entiendo... He sido víctima de un trance hipnótico... ¡Me has hipnotizado! ¡Lo has hecho! Tú y tu maldita obsesión con el psicoanálisis... Querías exprimir mi creatividad...

Directora: Por favor, no digas chorradas. Sacaría más exprimiendo una piedra.

Mario: ¿Es una indirecta?

Directora: Creo que más bien no...

Cristina: Contrólate... Controlaos los dos.

Mario: Yo ya me he controlado demasiado. No pienso seguir haciendo el gilipollas con esta tía que me tiene hasta los huevos.

Directora: ¡Qué boquita, diría mi mamá!

Mario: Tú y tu mamá y todas tus historias siempre por el medio... eres lo antiprofesional... LO antiprofesional, eso eres.

Directora: Es verdad, soy amateur. En todo.

Mario: No cuentes conmigo.

Directora: Jamás lo he hecho.

(Mario se va.)

Directora: Lo prefería lujurioso. Por contraste hasta te diría que estaba encantador.

Cristina: Oye...

Directora: ¿Qué?

Cristina: En cierto sentido tiene razón.

Directora: ¿Razón? ¿Que tiene razón? ¿En qué?

Cristina: La verdad es que hemos estado hablando y...

Directora: ¿Quiénes habéis estado hablando?

Cristina: Ayer nos reunimos y estuvimos hablando entre todos...

Directora: ¿Todos? No pudisteis hablar entre todos porque yo no estaba, así que no erais todos.

Cristina: Bueno, entre todos nosotros. El problema es que la obra no avanza y... ya sé que te va a doler... pero hemos decidido dejarlo. Nosotros creemos que si seguimos así no vamos a llegar a ningún lado... nosotros...

Directora: ¿Nosotros? El problema es que “nosotros” sois “vosotros”, y así es como no se llega a ningún lado.

Cristina: No te lo tomes así, no es nada contra ti... A ver si podemos acabar esto de buen rollo.

Directora: No digas eso.

Cristina: ¿El qué?

Directora: Eso del buen rollo, esa expresión, no la soporto, no la digas.

Cristina: Bueno, pero a ver si acabamos... bien.

Directora: Déjame sola.

Cristina: Pero no es que nadie tenga nada contra ti...

Directora: Ya lo sé. Quiero estar sola. No quiero hablar ahora.

Cristina: Bueno, si me necesitas, ya sabes...

Directora: Sí, ya sé...

(Se va Cristina. La directora se queda sola. Con torpeza trata de recoger sus cosas. Está muy afectada. De repente llama por el móvil y deja un mensaje entre lágrimas.)

Este es un mensaje para Benito. Benito, te recuerdo que eres mi lampista. Te recuerdo que hace tres días dijiste que ibas a venir a mi casa a arreglarme el calentador y que no viniste. Y además no me llamaste para avisarme que no venías. Y después tampoco llamaste para explicarme por qué no habías venido. Además no has contestado ni a uno solo de los mensajes que he dejado en tu contestador. Dicen que todos los lampitas son iguales. Yo no lo sé. Benito, este es el último mensaje que voy a dejar en tu contestador. Si no sé nada de ti en las próximas doce horas estoy dispuesta a dirigirme al Corte Inglés. Quizás allí me traten con más delicadeza.

(Cuelga el teléfono. Se seca las lágrimas. Sigue recogiendo sus cosas. Ve el diario Metro sobre la mesa. Trata de contenerse pero no puede... lee el horóscopo.)

“Por mucho que te cueste deberías desistir. No olvides que David lo tuvo muy difícil contra Goliat.” ¡Mierda! ¡Está bien, desisto, desisto, desisto...! (*Continúa recogiendo. De pronto se detiene a reflexionar*) Un momento... No olvides que David lo tuvo muy difícil contra Goliat... Sí, pero... al fin y al cabo... David venció a Goliat. (*Coge los tres frascos que hay encima de la mesa.*) Vamos a preparar un gran cóctel de despedida. Por eso del buen rollo.

Epílogo

Música. Todos los actores y la directora están montando el escenario para dar comienzo a una función. Reina la armonía. La música impide que se los oiga, pero la relación que hay entre ellos queda perfectamente reflejada a través de la acción. Los matices de la armonía quedan a criterio del director.

